

BOILEAU-NARCEJAC

Sudores fríos



Un día, llama a la puerta de Roger Flavières un antiguo compañero de la universidad que quiere contratarlo para que investigue a su mujer. El marido no sospecha que su esposa le sea infiel, sino que teme por su vida. El motivo de su temor no puede ser más sorprendente: cree que su mujer se halla poseída por el espíritu de una antepasada que murió trágicamente ahogada. Solo ello parece poder explicar por qué su esposa pasa por momentos en los que parece estar ausente, desaparece durante horas sin decir nada y se hunde a menudo en una profunda melancolía. Es así como Flavières empieza a seguir a Madeleine, una mujer de una inusual belleza de la que no tardará en enamorarse profundamente.

SUDORES FRÍOS

Boileau-Narcejac

PARA PIERRE VÉRY

PRIMERA PARTE

1

–Exacto –dijo Gévigne–. Quiero que vigiles a mi mujer.

–¡Caramba! ¿Te engaña?

–No.

–¿Entonces?

–No es fácil de explicar. Está rara... Me preocupa.

–¿Sospechas algo en concreto?

Gévigne vaciló unos instantes. Miraba a Flavières y este percibió lo que le impedía continuar: Gévigne no tenía confianza. Seguía siendo igual que cuando lo conoció, quince años antes, en la Facultad de Derecho: cordial y expansivo, pero en el fondo tenso, tímido e infeliz. Aunque había exclamado poco antes, abriendo los brazos: «Mi querido Roger... ¡Cuánto me alegro de volver a verte!», Flavières había percibido de inmediato, por instinto, la leve torpeza del gesto, demasiado intencionado, demasiado rígido. Gévigne se alteraba y reía en exceso. No lograba borrar los quince años transcurridos, que habían dejado visibles huellas físicas tanto en uno como en otro. Gévigne estaba casi calvo. Tenía papada. Las cejas se le habían enrojecido y le habían salido unas manchas rubicundas cerca de la nariz. Flavières, por su parte, ya no era el mismo. No se le escapaba que había adelgazado, que se había encorvado desde aquellos tiempos, y le sudaban las manos de solo pensar que Gévigne iba a preguntarle por qué se había hecho abogado, cuando en realidad había estudiado derecho para entrar en la policía.

–No sospecho nada, en realidad –continuó Gévigne.

Ofreció a Flavières un estuche de lujo lleno de puros. Su corbata era también cara y su traje completo tenía un corte magistral. Le brillaban los anillos en los dedos mientras extraía una cerilla rosada de una caja que llevaba el nombre de un gran restaurante. Ahuecó las mejillas antes de exhalar despacio un poco de humo azul.

—Es un clima que no acabo de comprender —precisó.

Sí, había cambiado mucho. Había conocido el poder. En él se adivinaba un trasfondo de comisiones, sociedades, asociaciones, junto a una compleja red de relaciones e influencias. Sin embargo, sus ojos huidizos tendían a amedrentarse y a ocultarse por un segundo tras los párpados cerrados.

—¿Un clima? —preguntó Flavières con un dejo irónico.

—Creo que es la palabra adecuada —insistió Gévigne—. Mi mujer es absolutamente feliz. Nos casamos hace cuatro años... o casi; se cumplirán los cuatro dentro de dos meses... Llevamos una vida acomodada. Mi fábrica de El Havre funciona a pleno rendimiento desde la movilización. Además, gracias a la fábrica no me han llamado a filas... Vamos, que somos unos privilegiados. Dadas las circunstancias, es justo reconocerlo.

—¿No tenéis hijos? —preguntó Flavières.

—No.

—Continúa.

—Te decía que Madeleine lo tiene todo para ser feliz. Sin embargo, hay algo que no va bien. Siempre ha tenido un carácter un poco extraño, con cambios de humor y períodos depresivos, pero desde hace unos meses su estado se ha agravado bruscamente.

—¿Lo has hablado con algún médico?

—Ya lo creo. Hasta lo he consultado con algunas eminencias. No tiene nada, como lo oyes, nada.

—Nada orgánico —conjeturó Flavières—. ¿Y desde el punto de vista psíquico?

–Nada... Nada... ¡No se trata de eso! –Chasqueó los dedos para quitarse un poco de ceniza que se le había caído sobre el chaleco—. ¡Ah! Te juro que es un caso. Al principio yo también creía que se trataba de una idea fija, un miedo irracional provocado por la guerra. Se sumía en bruscos silencios. Cuando le hablaba, casi no escuchaba. O bien miraba fijamente algo que tenía delante... Te aseguro que era tremendo. Daba la sensación de que veía... qué sé yo... cosas invisibles. Y cuando volvía a vivir con normalidad, conservaba una especie de mirada perdida, como si tuviera que hacer un esfuerzo para reconocer su casa... para reconocerse...

Dejó que se apagara el puro y contempló también el vacío, con el semblante frustrado que ya tenía en la juventud.

–Si no está enferma, es que lo finge –afirmó Flavières, impaciente.

Gévigne alzó la mano rolliza, como para detener al vuelo la objeción.

–Ya lo he pensado. La vigilé, discretamente. Un día la seguí... Se fue al Bois de Boulogne, se sentó frente al lago y permaneció allí, sin moverse, durante más de dos horas... Contemplaba el agua...

–Eso no es tan grave.

–Sí... Contemplaba el agua, no sé cómo explicarte, con atención, con gravedad. Como si fuera algo de extrema importancia... Por la noche me aseguró que no había salido. Como comprenderás, no quise decirle que había estado siguiéndola.

Flavières recuperaba y volvía a perder por momentos la antigua imagen de su compañero, y este juego le resultaba irritante.

–Vamos a ver –le dijo—. Seamos lógicos. O tu mujer te engaña o está enferma, o bien lo finge por alguna razón desconocida. No hay vuelta de hoja.

Gévigne alargó el brazo hacia el cenicero del despacho y, con un golpecito del meñique, echó en él un largo cilindro de ceniza blanca. Sonrió con tristeza.

—Razonas igual que yo en su momento. Pero estoy totalmente seguro de que Madeleine no me engaña... y el profesor Lavarenne me ha asegurado que no padece ninguna dolencia. Y, además, ¿qué motivos tiene para fingir...? ¿Qué consigue con eso...? Porque es evidente que no se fija por placer. Uno no pierde dos horas en el Bois así como así... y te menciono este detalle entre otros muchos.

—¿Has hablado con ella?

—Sí, claro... Le pregunté qué sentía cuando entraba en esos bruscos estados de ensoñación.

—¿Y qué te respondió?

—Que no me preocupara... que no eran ensoñaciones sino que le intranquilizaba la situación, como a todo el mundo.

—¿Pero no parecía un poco preocupada?

—Sí... Preocupada y sobre todo molesta, confusa.

—¿Te dio la impresión de que mentía?

—En absoluto. Al contrario, me dio la impresión de que estaba asustada. Hasta te voy a confesar algo que seguramente te hará sonreír: ¿te acuerdas de aquella película alemana que vimos en el Ursulines hacia el año 1923 o 1924? *Jacob Boehme*...

—Sí.

—¿Recuerdas la cara del personaje cuando lo sorprendían en mitad de una crisis mística que él intentaba negar, mientras se justificaba y ocultaba sus visiones? Pues bien, Madeleine... pone la misma cara que el actor alemán... esa mirada un poco perdida, un poco ebria, con los ojos vacilantes...

—¡Venga ya! ¿No pretenderás decirme que tu mujer sufre *crisis místicas*?

—Sabía que ibas a reaccionar así... ¡Exactamente igual que yo, amigo! Yo también me rebelaba. Yo también me resistía a aceptar la evidencia.

—¿Es practicante?

—Como todo el mundo... Va a misa los domingos... Pero sobre todo se trata de una costumbre social.

—¿No es como esas mujeres que prevén el futuro? ¿No es algo así?

—No. Simplemente, te repito, de pronto se activa en ella un mecanismo y te das cuenta de que está en otra parte.

—¿Y eso ocurre sin que ella lo controle?

—Sin ninguna duda. Como puedes imaginar, después de observarla tanto tiempo, ya me he acostumbrado. Cuando presiente que se acerca la crisis, procura moverse, hablar... Se levanta, a veces va a abrir la ventana, como si le faltase el aire, o bien enciende la radio, a todo volumen... Si en ese momento entro yo en el juego, si bromeo, si hablo sobre cualquier cosa, entonces su espíritu se asienta, se contiene. Disculpa que me extienda tanto, pero no resulta fácil explicar lo que le ocurre. Por el contrario, si me muestro preocupado, distraído, absorto, no falla. Enseguida ves que se paraliza, sus ojos siguen en el espacio un punto misterioso que se mueve... vaya, supongo que se mueve... y luego exhala un suspiro, se pasa el dorso de la mano por la frente y, durante cinco o diez minutos, raras veces más, parece sonámbula...

—¿Sus movimientos son bruscos?

—No. Además, a decir verdad, nunca he visto ningún sonámbulo. Pero no da la sensación de que duerma. Está distraída, como si ya no fuera dueña de sí misma. Es otra. Sí, lo sé, todo esto parece una tontería. Sin embargo, no puedo expresarlo mejor. Es otra.

Se apreciaba una angustia real en los ojos de Gévigne.

—Es otra —masculló Flavières—. Pero eso no significa nada.

—¿No crees que puede haber alguna influencia?... — Gévigne dejó el puro mordisqueado en el borde del cenicerito, apretó las manos una contra la otra, y continuó—: Ahora que he empezado, tengo que llegar hasta el final... En la familia de Madeleine hubo una mujer extraña. Se llamaba Pauline Lagerlac. De hecho, era la bisabuela de Madeleine. Como ves, le queda bastante cerca... Esta mujer, hacia los trece o catorce años, no sé muy bien cómo explicarte esto, cayó enferma; sufría convulsiones extrañas y la gente que la cuidaba oía ruidos incomprensibles en su habitación.

—¿Golpes en las paredes?

—Sí.

—¿Rozamientos con el parqué, como si alguien cambiase de sitio los muebles?

—Sí.

—Ya —dijo Flavières—. Son fenómenos que a menudo ocurren en el entorno de una joven de esa edad, aunque no creo que nadie haya encontrado todavía una explicación. En general, duran poco.

—No estoy muy al tanto de estas cuestiones —continuó Gévigne—. Lo que es seguro es que Pauline Lagerlac se trastornó un poco. Decidió entrar en la religión y luego renunció a tomar el velo. Al final se casó, pero, unos años más tarde, sin razón aparente, se quitó la vida.

—¿Qué edad tenía?

Gévigne sacó el pañuelo y se enjugó los labios.

—Veinticinco años —murmuró—. La edad de Madeleine.

—¡Caramba!

Los dos hombres guardaron silencio. Flavières reflexionaba.

—¿Tu mujer está al corriente de todo esto? —preguntó.

—No, precisamente... Conozco todos estos datos a través de mi suegra. Poco después de nuestra boda me habló de la tal Pauline Lagerlac... En aquel momento no presté gran atención a estos sucesos. ¡Si lo hubiera sabi-

do! Ahora mi suegra ha muerto y ya nadie puede informarme.

—¿Tienes la sensación de que te hizo estas confidencias con alguna intención determinada?

—No. Vaya, no creo. Surgió de manera casual durante una conversación. Pero recuerdo muy bien que me prohibió que le contara esta historia a Madeleine. No estaba muy orgullosa de tener por abuela a una especie de loca. Prefería que su hija no lo supiera.

—¿Y Pauline Lagerlac se suicidó por algún motivo concreto?

—No. Parece que no. Era feliz; tenía un niño de pocos meses y todo el mundo creía que la maternidad acabaría devolviéndole el equilibrio. Y de pronto, bruscamente, un día...

—No veo la relación de todo esto con tu mujer —observó Flavières.

—¿La relación? —replicó Gévigne, abatido—. Enseguida lo comprenderás. A la muerte de sus padres, Madeleine heredó, como es natural, numerosos recuerdos, joyas, que eran de su bisabuela; y en particular un collar de ámbar... Pues bien, no deja de mirarlos, de tocarlos... con una especie de... ¿cómo decirlo? De nostalgia, si quieres. Por ejemplo, en casa tiene un retrato de Pauline Lagerlac pintado por ella misma, ¡porque ella también pintaba! Madeleine se pasa horas enteras contemplando este cuadro, como si le fascinara. Pero es más: hace poco la sorprendí con el cuadro apoyado en la mesa del salón, al lado de un espejo. Se había puesto el collar e intentaba peinarse igual que en el retrato. Y además ahora lleva siempre este peinado —concluyó Gévigne, visiblemente molesto—: un gran moño en la nuca.

—¿Se parece a Pauline?

—Quizá... vagamente.

—Vuelvo a plantearte la pregunta: ¿sospechas algo en concreto?

Gévigne suspiró, volvió a coger el puro y lo observó de forma distraída.

–No me atrevo siquiera a confesarte todo lo que se me pasa por la cabeza... Lo que es seguro es que Madeleine ya no es la misma. Es más, a veces pienso que la mujer que vive conmigo no es Madeleine.

Flavières se levantó y se echó a reír.

–¡Pero bueno! ¿Y quién crees que es? ¿Pauline Lagerlac? Tú desvarías, querido Paul... ¿Qué te apetece tomar? ¿Oporto, Cinzano, Cap Corse?

–Un Oporto.

Y mientras Flavières pasaba al comedor para preparar una bandeja con copas, Gévigne gritó:

–Oye, ni siquiera te lo he preguntado: ¿y tú no te has casado?

–No –respondió la voz atenuada de Flavières. Y tampoco he tenido ganas.

–Por casualidad me enteré de que habías dejado la policía –continuó Gévigne.

Se hizo un instante de silencio.

–¿Quieres que te eche una mano?

Gévigne se levantó del sillón y avanzó hacia la puerta abierta. Flavières descorchaba una botella. Gévigne apoyó el hombro en el marco de la puerta.

–Muchas gracias. Oye, perdona que te aburra con mis historias. Me alegro mucho de volver a verte. Debería haberte llamado para anunciarte mi visita, estoy tan ocupado con mis asuntos.

Flavières se incorporó y extrajo lentamente el tapón. El momento difícil ya había pasado.

–¿Me has dicho que te dedicabas a la construcción naval? –le preguntó mientras servía el vino.

–Sí. En este momento fabricamos cascos para lanchas. Un pedido muy grande. Parece que en el Ministerio se teme un ataque de cierta envergadura.

—¡A ver si es verdad! Tarde o temprano tendremos que salir de esta fase de *impasse* en la guerra. Dentro de nada estaremos ya en mayo. A tu salud, Paul.

—A la tuya, Roger.

Bebieron mirándose a los ojos. De pie, Gévigne era bajo y voluminoso. Estaba junto a la ventana y la luz dibujaba su rostro romano, de orejas carnosas y frente llena de nobleza. Sin embargo, Gévigne no era ningún linco. Había bastado un poco de sangre provenzal para esculpirle un engañoso perfil de procónsul. «Después de la guerra, este tipo iba a ser millonario...». Flavières se arrepintió de este pensamiento. «¿Acaso él no se aprovechaba también de la ausencia de los demás? Lo habían declarado no apto para el servicio, vale. Pero tampoco era una excusa». Volvió a dejar la copa en la bandeja.

—Presiento que este tema me va a dar quebraderos de cabeza. ¿Tu mujer no tiene a nadie en el frente?

—Unos primos lejanos a los que no vemos nunca. Como si no fueran de la familia.

—¿Y cómo la conociste?

—De una manera bastante novelesca. —Gévigne miraba su copa mientras buscaba las palabras. No había superado el temor al ridículo que antaño lo paralizaba y lo llevaba a suspender los exámenes orales. Sin embargo, se decidió y relató la historia—: La conocí en Roma, durante un viaje de negocios. Estábamos alojados en el mismo hotel.

—¿Qué hotel?

—El Continental.

—Y ella, ¿qué hacía en Roma?

—Estudiaba pintura. Al parecer pinta extraordinariamente. Yo, ya sabes que de pintura...

—¿Trabajaba para enseñar, para dar clase?

—¡Qué va! Por puro placer. Nunca ha tenido necesidad de ganarse la vida. Piensa que a los dieciocho años ya tenía coche. Su padre era un gran industrial.

Gévigne dio media vuelta y se dirigió al despacho. Flavières se fijó en su paso ligero y decidido. Antiguamente tenía unos andares entrecortados, una especie de tartamudeo emanaba de todo el cuerpo. La fortuna de su mujer lo había transformado.

—¿Y sigue pintando?

—No. Poco a poco ha renunciado... Por falta de tiempo. ¡Las parisinas están tan ocupadas!

—Pero... los trastornos que me comentas... tendrán alguna causa. ¿No hubo, al principio, ningún incidente preciso? ¿Una discusión, quizá? ¿Una mala noticia? Supongo que habrás indagado por tu parte.

—¡Ya lo creo que sí! He indagado... Pero no he descubierto nada. Vivo en El Havre una parte de la semana, hay que tenerlo en cuenta.

—Y esas distracciones, esas ausencias o como quieras llamarlas, ¿empezaron mientras estabas en El Havre?

—No. Me encontraba aquí. Acababa de volver. Era sábado. Madeleine parecía contenta, como de costumbre. Aquella noche tuve por primera vez la sensación de que estaba rara. Pero en aquel momento no le di ninguna importancia. Yo también me sentía bastante cansado.

—¿Y antes?

—¿Antes? A veces tenía accesos de malhumor; nada comparable, en todo caso.

—Y aquel sábado, ¿estás seguro de que no ocurrió nada anormal?

—Sí, estoy seguro. Por un motivo muy sencillo: estuvimos todo el día juntos. Llegué por la mañana, hacia las diez. Madeleine acababa de levantarse. Estuvimos charlando... No me pidas que te dé muchos detalles... Los he olvidado casi todos, como es normal... No tenía motivos para fijarme en ellos. Lo que sé es que comimos en casa.

—¿Dónde vives?

—¿Cómo? ¡Ah, es verdad! Nunca he dado señales de vida... Compré un edificio en la Avenue Kléber, muy cerca